

—Es de ella, repuso el indio, acompañando sus palabras con una carcajada franca, cordial y..... hasta simpática.

Es preciso aullar con los lobos y comer con los salvajes de aquello que comen, so pena de disgustarles y estar expuesto uno mismo á ser pasto de ellos.

Aimard, pues, venció á duras penas, la repugnancia que le causaba este festin monstruoso, y continuó comiendo heroicamente la carne de Ouaíti, su bienhechora.

No sabia, sin embargo, lo que le pasaba en aquel horrible esfuerzo que se hacia, y en su gran turbacion no pudo decir al Chickasaws más que estas breves palabras:

—¡Era una excelente mujer!

A lo cual respondió el indio, mordiendo con gran apetito otro tasajo:

—Jamás la he encontrado tan buena como en este momento.

II.

Una familia alemana, compuesta del padre, de la madre y de dos hijos, el primero de doce años de edad y de diez el segundo, fué á establecerse en el Kansas.

En una excursion que hizo el emigrado por las cercanías de su finca, encuentra bañado en su sangre á un pobre Piel-Roja que tenia en la cabeza una horrorosa herida hecha con el golpe de una maza. Sin embargo de su deplorable estado, habia logrado escapar de las garras de los enemigos de su tribu; mas terminado el combate entre las dos bandas salvajes, el mísero herido se encuentra solo, abandonado, muerto de sed y de hambre, y próximo á desfallecer por la pérdida de su sangre.

El aleman se compadeció del indio, le socorrió, le vendó la herida y le recogió en su propia casa, donde permaneció, despues de curado, viniendo á quedar en cierto modo como de la familia.

Un dia, durante la comida, dijo el aleman al salvaje:

—¿Te consideras feliz con nosotros?

—Muy feliz, contestó el indio.

—¿Nos profesas amistad?

—Mucha.

—Y vamos á ver: ¿á quién das tú la preferencia, á mí, á mi mujer ó á mis dos hijos?

—A uno de vuestros hijos.

—¿A cuál de los dos?

—Al más jóven.

—¿Y por qué razon?

—Porque es el más gordo y sabrá mejor á quien se le coma.

Excusado es decir que aquel mismo dia el emigrado dió su licencia absoluta al goloso salvaje, quien sin duda fué á reunirse con los suyos.

III.

Cierto escocés, que se dirigia hácia el país de los Mormones, tropezó en su viaje con una tribu de indios. Tanto él como sus compañeros compartieron fraternalmente sus víveres con aquella abigarrada tropa, que dió muestras de

hallarse muy complacida con viajeros tan generosos.

El momento pareció oportunísimo al escocés para intentar el proselitismo á favor de los europeos, contra los cuales conservan aún los indios un rencor invencible.

—Vosotros no quereis bien á los europeos, ¿es verdad? pregunta el escocés á un salvaje que entendia algo el inglés.

El indio hizo un signo negativo con la cabeza.

—¿Y por qué? siendo gente tan excelente cuando se les conoce bien y cuando ellos por otra parte no tienen el menor interés en causaros mal. Bajo otro punto de vista, su civilizacion es muy adelantada: cultivan las letras, las ciencias, las bellas artes, y son un prodigio en industria, en agricultura y en comercio.

—No digo que no, respondió el indio.

—Seria de gran provecho para todos la comunicacion y amistad entre vuestra especie y la nuestra... ¿Qué os parece de esto?

El salvaje reflexionó un momento; en seguida respondió ásperamente.

—No, no, jamás podremos acostumbrarnos á esas gentes.

—Mas ¿por qué, amigo mio? añadió el escocés, buscando con acento persuasivo la razon de semejante reproche.

—Porque, repuso el indio, *la carne de los europeos es salada, y á los de nuestra tribu no nos gusta la sal.*

Nuestro viajero no dijo más palabra, y se apresuró á continuar su viaje para el Utah, la tierra prometida de los Mormones, donde la presencia del *lago Salado* ofrecia una garantía de más contra el apetito antisalino de los salvajes.

(Se concluirá.)

EL HIJO INGRATO.

Hallábase un hombre cierto dia sentado delante de la puerta de su casa con su mujer. Era la hora del almuerzo, y el matrimonio se disponia á regalar su apetito con un sabroso pollo recién asado que aún humeaba sobre la mesa, cuando el hombre vió venir á lo léjos á su anciano padre. Instantáneamente se apresuró á esconder el apetitoso manjar, para no verse obligado á brindar con él al pobre viejo. Este no hizo mas que acercarse y darles los buenos dias, retirándose en seguida.

Así que hubo desaparecido, el hijo se levantó y corrió á buscar el plato para ponerle nuevamente sobre la mesa; pero el pollo asado se habia convertido en un gran sapo, de forma horrenda, que le salta al rostro y se afianza con las garras en su cabeza para siempre: cuando intentaban arrancárselo, la horrible sabandija lanzaba sobre las personas su venenosa mirada en actitud de arrojar sobre el primero que se acercara: nadie habia, pues, que se atreviese á tanto. El hijo ingrato se veia condenado á alimentar al reptil asqueroso, sin lo cual éste le hubiera devorado la cabeza. De tal suerte pasó el miserable el resto de su vida errando lastimosamente sobre la tierra.

(De los hermanos Grimm.)